

LA SONRISA DE FERNANDO

Su sonrisa. A cualquiera que le preguntaran qué e lo que más llamaba la atención de Fernando, la respuesta siempre era la misma, su Sonrisa.

No siempre había sido así, más bien al contrario. Demasiado taciturno para su edad, demasiado serio, introvertido, parecía que aplicara los ritos de su severa profesión a todas las facetas de su vida. Sin embargo, cuando regresó del Camino de Santiago la primera vez, todo el mundo lo encontró cambiado, más extrovertido, más generoso, en una palabra, más humano.

Su exitosa carrera profesional no encajaba con sus estrepitosos fracasos sentimentales que había acumulado a lo largo de sus cuarenta y largos años, y aunque nunca lo confesó, su amigo Javier siempre creyó que Fernando se había calzado sus primeras botas, se había comprado el kit completo del peregrino, -mochila, esterilla y saco- y se había largado a Roncesvalles sin avisar a nadie, para no enfrentarse nunca más a los convencionalismos de su enésima candidata en llevarle al altar.

Volvió con una sonrisa perenne que se traslucía en todo lo que le rodeaba. Amaba el Camino y el Camino le amaba a él, la simbiosis era perfecta.

Desde esa primera vez, sus escapadas eran frecuentes, con frío o calor, con otros peregrinos o en soledad, por cuatro días o por un mes. Pero siempre, con su inseparable sonrisa.

Le gustaba contar anécdotas, propias y ajenas, y quienes más disfrutaban con ellas eran sus dos sobrinos, Víctor y Santi, quienes con el paso del tiempo, crecieron con la ilusión de recorrer todos esos pueblos y esas rutas de las que Fernando les hablaba con tanto cariño.

Aquel verano, Víctor cumplió 18 años y convenció a otros dos amigos para invertir buena parte de sus vacaciones en recorrer el Camino de Santiago.

Santi, por su parte, consiguió que un monitor de su colegio planificara al menos una semana para partir de Roncesvalles y llegar a Logroño. Sus 15 años recién cumplidos, no le permitían dar más de sí.

Cuando machaconamente le habían pedido a su tío que les llevara al Camino, les sorprendía que éste se negara siempre. "Es necesario que viváis vuestro Camino" les solía decir. "El Camino es una experiencia personal...", "... única e intransferible..." añadían ellos con cierta cantinela anticipándose a la consabida respuesta e incapaces de enfadarse a la sonrisa que iluminaba la cara de Fernando.

Habían de descubrir su propio Camino, y Fernando intuía que sería muy distinto para cada uno de ellos. Y no intuía mal.

Víctor, perezoso y comodón, cada día se distanciaba más del aplicado y generoso Santi. Fernando sabía que el orgulloso y ágil Víctor no se ajustaría al pausado ritmo de Santi a quien unos kilos de más, le hacían resoplar con demasiada facilidad.

Pero confiaba más en la tenacidad del pequeño que en la autosuficiencia del mayor. Sabía que no estaban hechos para caminar juntos y no podía irse con sólo uno de ellos, al menos, no la primera vez.

El día antes de que partieran, revisó la mochila de ambos chavales y no le sorprendió que ambos se hubieran ajustado perfectamente a sus

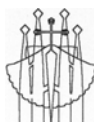
recomendaciones en cuanto al peso. En el último momento les regaló una esbelta vara de avellano a cada uno y con un improvisado y entrañable acto familiar, recordando las palabras del Sermón "veneranda dies" del Códice Calixtino les dijo "...Toma este bordón para que sea como sustento de la marcha y del trabajo, para el camino de tu peregrinación, para que puedas vencer las catervas del enemigo..."

A Santi, se le escapó una lagrimilla de emoción; en tanto que Víctor sacó pecho con la historia de que los hombres no lloran.

Fernando le reprendió diciendo: "Sino estás dispuesto a llorar, más vale que no te vayas". En ese momento, supo que jamás se iría al Camino con su sobrino mayor; pero calló.

Y así fue, Víctor no lloró. No lloró porque decidió que el coste de un taxi compartido no valía el dolor de una ampolla; que no valía la pena ir con cuidado al levantarse o al acostarse para no molestar

No siempre había sido así, más bien al contrario. Demasiado taciturno para su edad, demasiado serio, introvertido, parecía que aplicara los ritos de su severa profesión a todas las facetas de su vida. Sin embargo, cuando regresó del Camino de Santiago la primera vez, todo el mundo lo encontró cambiado, más extrovertido, más generoso, en una palabra, más humano.



a los demás, y que la diversión estaba en ver cómo refunfuñaban los franceses o juraban en arameo los españoles. El y sus amigos, ofrecían un concierto de bolsas de plástico gratuito en cada albergue como si se trataran de un grupo de rock en plena gira. No quedó discoteca a pie de camino sin visitar, y se abstuvo de entrar en una iglesia a menos que fuera para sellar.

No tuvo más remedio que dormir en Manjarín, pues sabía que Tomás era un buen amigo de su tío, y se las ingenió para no desviarse al Valle del Silencio porque ninguno del grupo que se había montado a su alrededor quería hacerlo y él no estaba dispuesto a continuar sin ellos.

Al llegar a Santiago, Víctor y sus amigos se habían ganado a pulso el nombre de "los insolidarios", creyendo que unir fechorías y molestar juntos, era el mayor nexo de unión que podían alcanzar.

Por su parte, Santi no llegó. No llegó ni a Logroño. Sus kilos de más, y los que ganó con la rica gastronomía Navarra, quebraron su rodilla izquierda a media bajada del Perdón.

El monitor que les acompañaba decidió que allí terminaba su Camino y que desde Puente la Reina, el resto de etapas las haría en autobús.

Aún así, cojeando, se escapó por su cuenta a Eunate y lloró. Lloró como no lo había hecho nunca. No tanto por el dolor de su rodilla, sino por un profundo sentimiento de frustración que le provocaba el vendaje que el médico le había aplicado. Lloró recordando la emoción que sintió en la bendición del peregrino de Roncesvalles, cerraba los ojos y reproducía en su memoria las vidrieras de la Colegiata que había escudriñando con detenimiento en busca de inspiración para darle un nombre a su bordón.

En Larrasoña, intentó descubrir el garaje en el que su tío había dormido más de una vez, y en Pamplona, obtuvo el permiso necesario para abandonar el grupo e ir a dormir a Huarte con unos amigos de su tío que le estaban esperando con los brazos abiertos y un humeante caldo gallego recién hecho. Y se sonrió cuando reconoció en un bar el extraño nombre de aquel garito que su tío solía llevar en una vieja camiseta negra.

Recordaba ese crujido en la rodilla derecha al bajar el Perdón y los esfuerzos que había hecho para

que nadie le viera cojear, pero no tuvo más remedio que acatar la orden de su monitor. Y así, recorrió en autobús desde Puente la Reina, Estella, Villamayor de Monjardín, y Los Arcos, y Viana... porque eso sí, caminar no caminó, pero no dejó monumento sin visitar, ni piedra jacobea sin contemplar.

Pasaron los años. Víctor sentó cabeza y la rodilla de Santi se recuperó sin problema alguno.

El verano pasado, Fernando y Santi salieron cada uno de la puerta de su casa y caminaron en soledad un par de días hasta encontrarse en Montserrat. Desde allí, emprendieron el Camino Catalán y en Tárrega siguieron por Balaguer, Tamarite de Litera y Huesca hacia San Juan de la Peña y el Camino Aragonés. Especialmente emotivo para Santi fue regresar a Eunate sin cojear. Fernando le veía llorar con una paz interior que le colmaba de satisfacción.

Tío y sobrino disfrutaron tanto que el Camino se les hizo corto. Y para ambos fue una grata sorpresa y un buen regalo encontrarse a Víctor esperándoles en la plaza del Obradoiro con los brazos abiertos para darles un fuerte abrazo.

Los tres caminaron juntos hasta el fin del mundo, y junto al faro de Fisterra, Víctor les confesó que jamás volvería a calzarse unas botas, que su vida no era el Camino de Santiago pero que sabía que por fin, el Apóstol le había perdonado las gamberradas

de juventud.

Entre risas y felices, y con la compañía de la hospitalera que era buena amiga de Fernando, disfrutaron de una de las mejores cenas que jamás olvidarían.

A los brindis, viendo cómo brillaban los ojos de la hospitalera y cómo estallaba la sonrisa de Fernando, los sobrinos se preguntaron si el faro del fin del mundo de su tío no había quedado demasiado lejos de Barcelona, y por eso él regresaba al Camino y a Santiago, una y otra vez.

Con una mirada cómplice, los hermanos optaron por el silencio con el convencimiento de que Fernando, jamás iba a perder esa sonrisa que tanto le caracterizaba. Su sonrisa.

Aún así, cojeando, se escapó por su cuenta a Eunate y lloró. Lloró como no lo había hecho nunca. No tanto por el dolor de su rodilla, sino por un profundo sentimiento de frustración que le provocaba el vendaje que el médico le había aplicado. Lloró recordando la emoción que sintió en la bendición del peregrino de Roncesvalles,...

